

COSQUILLAS

30 céntimos



TONTERIA, por Demetrio.

Advertirán ustedes la extraña manera en que estoy sentada. Lo mismo he notado yo. Desde hace días me siento mal.

Demetrio



MARIA CORDA

La bellissima actriz cinematográfica, en la graciosa película "La señora no quiere tener hijos".

(Fot. U. C. E.)

CO/QUILLAS

REVISTA COMICO
SATIRICA

Administración:

EDITORIAL 1927

Oficinas: Campomanes, 12

APARTADO 8.032

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año II Madrid, 5 de Noviembre de 1927 Núm. 58



La inoportunidad del aplauso

Hay un dicho arrefranado que se suele emplear para poner en todo su descarado relieve las cosas inoportunas, el cual dicho es "mentar la sogá en casa del ahorcado". Está *jamón* de expresivo y de concreto el tal dicho porque reúne en sus cortas palabras todo lo que podría decirse en una larga diatriba contra la inoportunidad.

Y en los estrcnos teatrales viene como el aceite a una lamparilla (símil de noviembre), el tal dicho.

La claque y los amigos del autor hacen insoportables las obras que habrían podido pasar sin protesta y tal vez ganar terreno, creerse, en días sucesivos, cuando más seguros los actores o advertidos de su equivocación, representaran la obra con más acierto.

Pero es inaguantable que cuando en escena están haciendo el *comanche* las actrices y los actores, por mor de la *perversidad* de la comedia, y justamente cuando los espectadores de buena fe desearían que el teatro se convirtiese en una aldea cafre para que no estuviera mal visto el que ellos aullaran blasfemias contra el autor, pero que

se reportan y doman la despierta hostigada fiera de un instinto que les empuja a las violencias y



—Yo, a los hombres los tengo a raya.
—Pero has hecho la raya en la habitación más íntima de tu casa.

Dib. de Montero Bosch.

a poner motes a la madre del autor; entonces, digo, cuando se libra esa batalla en el alma del espectador, batalla que está a punto de ganar la prudencia y la buena educación, salta un amigo del autor con un estentóreo "¡bravo!", que le sienta al momento como al redentor crucificado un par de pistolas.

Y entonces es cuando cuaja la idea del asesinato y el robo en despoblado en la imaginación del espectador de buena fe que está soportando el tabarrón aguantándose de protestar.

Porque la situación es como si, estando un señor de visita, el niño de la casa se dedicase a pisitearle y arañarle el charol de las botas, buscándole con saña y a tanteos, el callo más dolorido para pisarle *de resbalón*. Y entonces la mamá del niño exclamara orgullosa: ¡Qué bien pisa mi niño!...

¿Qué le queda por hacer al caballero? ¡Pues pisotearles el hígado a la señora, al niño y al portero de la casa!

TELÓN CORTO.

SE ESTA AGOTANDO EL PRECIOSO ALMANAQUE DE LOS

BAILES, 0,75 CTS. EJEMPLAR





Hablemos de Ruth Elder

Sí; charlemos un poquito de Ruth Elder. Ha dejado este cuarto de kilo de mujer una grata impresión en nuestra retina desde que la vimos saltar a tierra en el aeródromo de Getafe, desembarcada—como una muñequita—de la cabina de un gigante aeroplano... Es muy linda la *girl*. Muy linda. Tan linda “como la pata del cocuyo”, que dicen en Cubita la bella.

En el óvalo perfecto de su cara rien unos ojos abiertos a todas las curiosidades y se dibuja la roja flor de unos labios que están pidiendo besos. (Nos estamos poniendo ligeramente cursis. Comprímonos.) Hubiera sido lamentable que los peces se hubieran podido zampar a esta muñeca que sabe defenderse de los tiburones de tierra. Ruth Elder, en efecto, oculta bajo su frágil apariencia un vigor masculino que se advierte observándola las manos. Las manos de Ruth Elder son las manos de un chófer, nervudas, anchas, curtidas, con las uñas al rape y al borde de las uñas un festoncito negro...

Besar la mano a esta aviadora o besársela a un guardia, da lo mismo. Los galanes versallescos se desorientarán en las presentaciones, porque no les es dado el saludo gentil. Y tampoco va bien con esta chica la fórmula corriente de ponerse a sus pies, porque los pies de *missis* Elder son, del mismo modo, curiosos ejemplares de hombrunos sustentáculos.

Y ello no empece para que *mis-*

sis Elder trascienda a feminidad bastante más que a gasolina.

Tengo para mí, pese a todo, que la popular aviadora usa zapatos grandes a propósito, y que lo del tamaño de las manos es una ficción más, enderezada a conseguir la desilusión de sus adoradores. Acaso la exigió su marido tamaños disimulos al dejarla partir para este viaje. Acaso fué ella misma la que se impuso el sacrificio de alguno de sus múltiples encantos sospechando que tocaría en España y que aquí, donde tanto culto se rinde a “los cabos” de las chicas bonitas, no la dejaríamos con vida al verla tan perfecta. No se olvide que Ruth es una gran *trolera*, una gran mentirosa, una liosilla que parece andaluza.

La llaman aviadora y es lo cierto que se marea en el avión como una lugareña de Citrueque y que la dan los aires un pánico espantoso. Desde Lisboa a Madrid, y en presencia de varios periodistas, vino, la pobrecilla, hecha un guñapo. Se dice que Haldeman, el piloto que viene acompañándola, amarró en pleno Atlántico, al lado de un navío, porque su delicada pasajera estaba ya en las últimas de sueño y de fatiga. Se habló de su romanticismo y resulta que se lanzó a la empresa financiada por una Agencia periodística que la ofreciera varios miles de dólares...

Estamos en el trance de sospechar que Ruth Elder nos ha dado un camelo parecido al de esa otra muchachita que dijo haber atrave-

sado nadando el canal de la Mancha, cuando lo cierto era que la llevaron embarcada hasta muy pocos metros de la playa...

Por esto no creemos en esos pies y en esas manos, desacordes con la fina silueta de la atrevida deportista. Por esto maliciamos que hay un truco. Un truco a la inversa del de aquel albañil que saliendo a ganarse la vida de noche y disfrazado fué descubierto por los callos de su mano, hecha, de tantos años, al palustre...

LEOPOLDO BEJARANO.



El.—Jamás he bailado con un mujer tan hermosa como usted.

Ella.—Me gusta usted porque no emplea la mentira para seducir.

La belleza y la gracia brillarán en las páginas de nuestro próximo

Almanaque de Cosquillas.



demetrio

Una.—Yo no me casé porque no tengo vocación de casada, y le tengo miedo a las responsabilidades.
 La otra.—¡Has hecho bien; una prima mía, murió de una responsabilidad que le atizó su marido!

Dib. de Demetrio.



Cosas de Belorcio

Los celos de Fritz

—Adiós, Belorcio.

—¡Mi querida doña Mercedes!

—Cuidado, Belorcio, cuidado...

—¿Qué acaece?...

—Que ha lanzado usted la fórmula salutoria con harta vehemencia y alguien que nos oyese podría interpretarla en desdoro de mi castidad...

—¡Por Dios, señora! Cierito que está usted de más buen ver que una película de largo metraje; evidente que posee unas redondeces ora al Norte, ora al Sur, ora al Oeste, ora...

—Cállese usted.

—¿Por qué?

—Porque no es hora de que me piropee usted en público. Pudiera enterarse Margarito...

—¡Pobre señor!

—Eso sí que no... Margarito, pesele al nombre que lleva, que tantos disgustos le ha costado, es muy celoso, terriblemente celoso.

—¿Hasta el punto de obligarla a usted al uso del cinturón medioeval?

—Eso no; pero me hace que le apunte todas las noches en un papel lo que he hecho durante el día.

—¿Y usted le obedece?

—¿Con todo detalle.

—¿Con todo?

—¡Hombre!...

—¿Y él se lo cree?

—En absoluto.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—¿De qué se jocunde mi jovial amigo?

—De los celos del terrible Margarito. Me recuerdan a los de mi pobre amigo Fritz, que en paz descansa.

—¿Era celoso?

—Un turco, a su lado, era un marido de opereta. Fritz era la negación de cuanto se dice acerca de la sangre fría de los teutones; de los teutones del sexo masculino, porque ellas sí, ellas son efusivas e incandescentes como una española... Como usted misma, mi querida Mercedes.

—¡No me toque usted a las teutonas, Belorcio!

—Ha sido sin pensar, señora.

—Continúe con el cuento de su amigo Fritz.

—¡Ah, sí! Pues nada. Que una vez vino a buscarme terriblemente excitado. "¿Qué te pasa, Fritz?", le pregunté. Y tras ciertos nerviosos manipuleos en los aledaños de la rabadilla—costumbre suya cuando le dominaba una honda preocupación—me dijo: "¡Oh,

carrampa, mi puen amico mío Pelorsio! Yo ma astá en el bunto de gometer un asasinato..." "¿Qué te sucede?" ¡Oh, maldito sa asté el badre de mi begueña garriñosa nofia Nicanorra...!" "¡Ah! ¿Algún disgusto con Nicanora?" "Bresisamente un disgusto, no. Yo ma tie-

ne la sosbecha de que ma la astá be-gando gon gola..." "¿Con pola?" "An-tiéndeme, hompre, carramba que tu ta astás toro completamente pestia... ¡Con Gola!... ¡Con Menandro Gola..." "¡Con Menandro Cola!" "¡Esto se es, garramba!" "Pero, ¿Menandro Cola no es tu íntimo amigo?" "Sí; bresisamente esta es mi rapia... ¡Gon mi íntimo carriñoso amico Menandro Gola, maldito se sea él!" "Calmate, Fritz!" "¡No guerro! ¡¡Ahorra mismo es que yo ma ha gombrado este refólver borque ha tenirro una gomfidensia de que los traidorres sa astan hasiendo de las pajarritas gon mi honorr an un reserfado de Gamorra... Y allá me foy a sorbren-derlos y a matarlos a ellos toros los dos, combiètemente ¡¡carramba qué sí!!" Y echó a correr sin que yo pudiese contener su ímpetu homicida.

—¡Qué espanto! Y, dígame, Belorcio: ¿consumó su propósito detonante y sanguinolento?

—Verá usted, mi opulenta amiga. A



DESENGAÑO, por Moliné.

—¡Infame, falso!... ¡Jurarme que sentía por mí un gran amor, y ahora... me niega dos mil besetas...!

la noche siguiente me le encontré en el Cocodrilo y, naturalmente, le interrogué: "¿Qué ocurrió anoche? ¿Encontraste a los infames? Supongo que no, ya que te veo tran tranquilo" Fritz me miró sonriente y dijo: "¡Ah, carramba, cariñoso amigo mío, que grande sa astá tu interrés que te tomastre!... Sí; anoche ma fui a Gamorra, antré an al reserfado con mi refólver a la mano derecha. Y allí sobre un mueple moi mocho remasiado fonito sa astapa Nicanorra a los prasos de un hombre a quien no se le feia la carra. ¡Yo alzé mi praso armado! ¡¡El sa lefantó!!" "¡Entonces, tú!..." "¡Oh! ¡Yo vi que no erra Menandro Gola y ma solté una grande, terriplemente grande, kolosal cargada!... ¡¡Y ma ha jurrado no folfer a haserme del caso de ninguna notisia que ma digan, carry... ¡Bor boco si le doy un grande risgusto a un señor que no sa tenía nada que fer connmigo!"

BELORCIO.

Siluetas, del «cabaret»
Ninón, la francesa

Ninón es francesa; rubia como el champaña,
 alegre y cantarina; tesoros de fragancia
 son sus cabellos áureos en revuelta maraña
 y sus senos fragantes como rosas de Francia.

Sus labios son de grana y su risa banal;
 es como un cascabel de Madama Locura.
 Sus ojos son azules, y su boca sensual
 es una fresa fresca que con besos madura.

Pone una nota alegre en la triste bohemia,
 de versos y de flores, hojas de neurastenia,
 que parece curarse al gozar del amor
 cuando su cuerpo, preso en el terrible espasmo,
 queda junto al amante en el dulce marasmo.

.....
 ¡Y cuando el amor pasa es mayor el Dolor!

ANGEL DE LAS BÁRCENAS.

Pronto FRIVOLA, revista de belleza



—Mi niña no se casa con un gitano tan probe como tú. mi niña se tiene que casá con un buen comerciante.
 —¡Mejón comerciante que yo, que he vendió catorse vese este mismo rucho... y es mío?

Dib. de Bellón.



Historia de una modista

Los hombres somos unos asesinos nauseabundos igual que las ratas de las cloacas de Wittechapel.

¡Oh, qué asco haber nacido hombre, San Esteban de Pravia!

Era mil veces preferible haber nacido insecto o peluquero de señoras.

Pero hombre, no. ¡No!

Sólo los hombres tenemos la culpa de que muchachitas, en la flor de su juventud, perezcan de inanición y de paratíficas.

Solo los hombres, que salimos a la calle, vemos unas piernas de mujer, y rebuznamos como asnos tangerinos.

Sólo los hombres, que vislumbramos un seno, tras la lana de un "jersey", y ponemos la misma cara de apetito que pondría un famélico ruso al contemplar una torrija.

Sólo los hombres, a quienes una sonrisa femenina nos hace ponernos fijador en el pelo. Y que dos sonrisas, nos obliga a comer con menos apetito, y tres a cometer un desfalco.

Sólo nosotros, que la más leve aproximación de una señorita histérica nos hace poner cara de estúpido y comprar cigarrillos ingleses y ofrecerle a los amigos.

¡Oh, qué asco!

¡Qué repugnancia!

Somos asesinos involuntarios, pero asesinos, al fin. Con nuestras miradas de deseo y admiración, somos causantes de tremendas desgracias y de tisis galopantes.

Les voy a contar a ustedes la triste historia de Rosita Sánchez.

¿Ustedes no conocen la historia de Rosita Sánchez?

Yo tampoco. Pero la voy a inventar ahora mismo.

¡Verán ustedes qué cosa tan terrible!

¡Sufran de remordimientos, sufran!

Rosita era una gentil modistilla, tenía dos hermanas, un padre, una madre y un agujerito en una media que ella se cosía una vez al día, menos los domingos y días festivos, que se lo cosía dos veces.

El padre trabajaba de albañil para ganar un jornal. La madre trabajaba para que este jornal, en lugar de pasar al cajón de una taberna, pasase íntegro al cajón de su cómoda. Y las niñas trabajaban para que del cajón de la cómoda fuese a parar a manos del dependiente de una sedería. En aquella casa todos trabajaban. Hasta el albañil.

Rosita, en unión de sus padres y sus dos hermanas, masticaba garbanzos con apetito, para almorzar, y unas judías estofadas a la hora de la cena, en cantidad suficiente para que al día siguiente sintiese deseos de masticar nuevamente los garbanzos, con apetito.

Rosa era bonita. Esto hay que reconocerlo. Pero era bonita porque tenía diez y siete años y a esta edad era bonito hasta Bergamín. Tenía las piernas torneadas y una boca fresca. Y dentro de la boca unos huesecillos blancos que ella enseñaba constantemente porque estaba contenta de sus diez y ocho años de vida, y que enseñaría con mucha más constancia después de cinco años de muerte.

(¡Ay que ver que cosas se me ocurren a mí hace una temporada! Esto debe ser del estómago.)

Pero sobre todo tenía unas prominencias frontales que entusiasmaban a los hombres. Todos los hombres le decían cosas a propósito de estas prominencias y claro, Rosita estaba orgu-

lulosa de ellas, y presumía mucho.

Esto, después de todo es natural y lógico. Valle Inclán haría lo mismo.

Por eso ella, al verse tan alabada, pensó: "Verdaderamente, yo debo valer mucho". Y puso cara de imbecil que es la que se pone siempre cuando se hace uno mismo esta observación.

Un día se le acercó un señorito y la dijo que la amaba.

Ella no le hizo caso.

Otro día un señor gordo la propuso casarse con ella, que es lo que proponen siempre los señores gordos.

Pero ella tampoco le escuchó.

Cinco más pretendieron hacerle el amor con el mismo resultado.

Y algunos tenían dinero. Tenían el suficiente dinero para comprarse calcetines de colores, y para dar cuarenta céntimos todos los días para que un individuo, de rodillas, se los manchase con un cepillito lleno de betún, y se distrajese luego en hacer sonar una franela sobre sus zapatos.

Sin embargo, ella no escuchaba a nadie. Ella se había vuelto vanidosa. Ella miraba al mundo con desdén, orgullosa de su arquitectura.

En su casa tenían poco dinero. Pero un día que despidieron a las hermanas mayores del taller donde trabajaban, tuvieron menos. Hubo que empeñar ropa y entró la ropa empeñaron los vestidos de las niñas. Sólo dejaron el de una de ellas para que les sirviera a las tres. Las tres hermanas tenían grandes riñas por conseguir el vestido. Se pegaban constantemente.

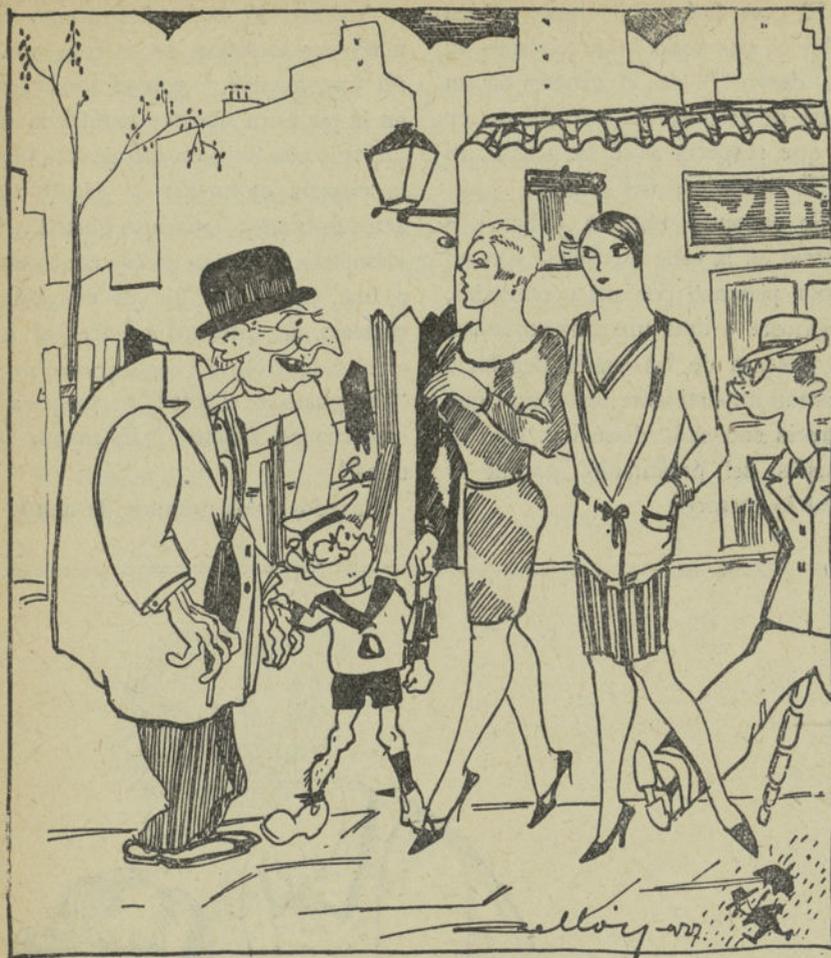
Una, para no discutir, se levantó



Una.—Yo no quiero tener novio porque no estoy en edad de casarme.

La otra.—¡Pero si no se casa una con el novio casi nunca!

Dib. de Margenat.



LOS VIEJOS CINICOS, por Bellón.

El viejo.—¡Pero, qué ricos sois!
Una.—¡Esa es la enseñanza que le da usted a su nieto, que está pidiendo un cocotero!

un día a las siete y se lo puso. Las otras dos al despertarse rabiaron mucho.

Al día siguiente otra se levantó a las seis y media.

Rosita, para poder salir al otro día, se levantó a las cinco menos cuarto. Pasó un sueño tremendo. Pero ella lo soportaba con tal de poder lucir orgullosamente sus sobresalientes encantos por la calle de Alcalá.

Todas palidecían por falta de sueño y de alimentación. Algunas noches no se acostaban para tener derecho al vestido y para poder mostrar a la admiración de la gente sus airosos cuerpecitos.

Y los hombres la seguían mirando con deseo, le decían cosas. Y ella seguía presumiendo, con su tesoro frontero, como el que lleva una cartera llena de billetes.

Despreció a un poeta que por el fútil motivo de decir en verso que la luna era redonda, no se cortaba nunca el pelo.

Despreció a un señorito que tenía

automóvil y que había estado en París. Todos le parecían poca cosa.

Rosita cumplió veinte años. Luego veintiuno. Después veintidós, y más tarde veintitrés.

Y al cabo de este tiempo todos la conocíamos ya.

En Madrid nos conocemos todos. A usted que me está leyendo, probablemente le conoceré yo. Será usted ese señor del flexible marrón con cara de angula que pasa por la Puerta de Sol a eso de las siete y cuarto. Y usted me conocerá a mí como el fulanita de sonrisa de idiota que toma un "3" en la calle de Alcalá.

Y el todo Madrid, después de andar loco detrás de los encantos de Rosita, se dijo: "Realmente esta chica está bien, pero con nuestras miradas la hemos engreído demasiado. Está muy antipática".

Y cesó de mirarla. Cometió el crimen.

Y entonces Rosita hizo caso a un hombre, a un hombre que solamente la ofreció llevarla al "cine" y convalidarla a cangrejos.

Y Rosita dejó su orgullo, y accedió.

Pero Rosita ya estaba enferma. Enferma de comer cocido y de levantarse a las tres y cuarto de la madrugada para ponerse su vestidito.

Enferma de andar todo el día por Madrid luciéndose.

Y un día Rosita se murió.

Una vez muerta, contemplóse, dijo: "La verdad es que yo no tengo la culpa de lo que me ha pasado. Yo no hubiese presumido tanto. Estas piltrafas no merecían que yo mirase a la gente con desdén. Pero como los hombres, al contemplarlas, hacían esos gestos y esos aspavientos y decían esas cosas, yo me volví imbécil. Y he muerto de imbecilidad."

Nosotros tenemos la culpa, señores. Si no mirásemos tanto a las mujeres y con tanto deseo, las mujeres no presumirían tanto. Y Rosita, como otras tantas Rositas, hubiese sido una mujer encantadora.

Pero nosotros hicimos de ella una birria.

Somos asquerosos como las ratas de las cloacas de Wittechapel.

(Repito lo de Wittechapel porque hace muy bonito. Da la sensación de que uno ha viajado mucho por Londres, y que conoce de vista a Sherlock-Holmes. Ya se lo repetiré a ustedes en otro artículo.)

MIGUEL SANTOS.

(Ilustraciones de Mihura.)



EL VERSALLES QUE SE HACE AHORA EN LOS TEATROS, por Picó.

—¡Prefiere el minué, marquesa?
—¡Yo quiero bailar un charles! ¡Nos ha fastidiado!



Charlas de Incórdiez

Otra lección de buena crianza

Esta lección de hoy han de tomarla con verdadero interés, porque es una de las más necesarias, por ser la más usual, tanto, que a veces, en el corto espacio de horas cinco, tenemos que valernos de su enseñanza tres o cuatro veces. Y vamos a la lección.

Han de procurar ser discretos en la obstinación que demostramos en testimoniar nuestro gusto al encontrar a un conocido con el que no tenemos confianza, pero al que deseamos abrumar con nuestros cumplidos. No hay que ponerse pesados al insistir en que *nuestro gusto ha sido mayor que el suyo*. Esto tiene un lado molesto dentro del manifiesto propósito de ser agradable, como voy a demostrar con un caso del natural que le sucedió a nuestro fraternal amigo Demetrio, del cual sucedido hizo un dibujo que publicó en una revista de Barcelona, con el chiste que sacó del *caso* que nos va a ocupar ahora mismo.

Editorial 1927
Apartado 8.032

El caso fué como sigue, y bien sabe el que todo lo puede que no me desvío ni en el grueso de un filete de restaurante por abonos en lo que respecta a su veracidad, ni en lo minucioso del relato.

Se encontró nuestro amigo Demetrio en la calle de Alcalá con un señor pelmazo por sus acentuadas, pegajosas e interminables cortesías, en defensa de las cuales llegaba a una tan impertinente insistencia que parecía enconada discusión. (No os canséis del preámbulo, porque el final lo merece.)

Apenas vió a nuestro amigo el amerengado señor, se le fué como un toro amable, y con el sombrero en la siniestra mano y extendida la diestra; con los ojos entornados por la risueña expresión, le espetó su acostumbrado: "¡Cuánto gusto!..." Demetrio, el que no puede contestar a una cortesía si no es con otra cortesía, se apresuró a estrechar la extendida mano y a replicar amable: "¡El gusto es el mío!"; a lo que el otro replicó, súpito: "¡Es mayor el mío!"

Pasados unos minutos de anima-



—¿Qué te parece la letra de mi novio, primita?

—Preciosa; sobre todo, la del párrafo en que te dice que nos va a regalar cu...

da conversación, en la que el empalagoso empleaba los más pulidos decires, y ya llegada la despedida, sombrero en mano ambos, dijo Demetrio al ponderativo correcto: "Don Fulano, he tenido una gran satisfacción al ofrecerme a sus órdenes"; a lo que el otro le replicó vivamente: "¡Es mucho mayor la mía!". Y puso tal fuego en sus palabras y tal radiante y victoriosa seguridad en su gesto, que Demetrio, ligeramente molesto, hubo de replicar: "Mi satisfacción es enorme, don Fulano"; y el otro remachó

ruidosamente, al par que le estrechaba la mano: "¡La mía es mucho mayor!"

Demetrio se *cabreó* de tal manera, que interrumpió al efusivo con estas palabras: "Mire usted, don Fulano: aquí, en medio de la calle, no podemos seguir discutiendo tan delicados extremos; vamos a buscar un portal..."

INCÓRDIEZ.

Arbitrio de elegancias y Director de la Academia de Belleza.
(¡Se compran botellas y sifones!)

Madrid, noviembre 1927.



—No te andes jugando con Luis, porque parece muy informal.

—¡No lo creas! Siempre que me ha prometido una cosa la ha cumplido.

—¿Y se puede saber lo que te ha ofrecido últimamente?

—Un sonajero.

Dib. de *Montero Bosch*.



cuatro trajes a cada una.

Dib. de *Picó*.

Madrinas de guerra

Las solicitan:

Nuestros particulares amigos Antonio Merchán Ino, Lucas Hernández Villajos, Francisco Talavera de Beas y Manuel Díaz Encadenas, todos de la 1.ª del 1.º del regimiento de Melilla, número 59, Melilla.

Mariano Cano Barroso, Bernabé Ramos Feria, Manuel Lemus Pérez y José Migueles Santos, cabos; José Moris Clement, Lorenzo Silva Chachero, Pascual Acero Parrondo, Jesús Coto González, Luis Gutura Leiva, Vicente Riera Torres, Eleuterio Armas, Antonio Oliveros López, Faustino Pastor Calvo, José Salvador Rodríguez, José González Menéndez, Gerardo Fernández Salgado y Cecilio Peña Lorenzo, soldados; todos del batallón de Cazadores de Africa, número 12, de guarnición en Larache.



Hipnotismo

Marchóse la enferma y el doctor Don Sebastián Atares asomóse un punto al balcón para contemplarla una vez más. Vióla, en efecto, cruzar la calle con su aire gentil de aguzanieves, firme el cuerpo bien delineado sobre las piernas de rítmico andar, y sumergirse a poco en el túnel del Metro, llamarada roja su abrigo en la negrura bostezante de la boca de la estación.

El doctor tenía en su mano derecha una tarjetita perfumada. Leyó en ella un nombre: Carmen Ibáñez. El nombre de la paciente, que, desde que pisara por primera vez su sala de consulta, había inundado su alma de un íntimo deleite. ¿Qué enfermedad aquejaba a aquella mujer? Realmente ninguna. Todo se reducía a una tristeza imotivada, a una desgana infundada de vivir, a un cúmulo de ansias informes, que a veces, se acumulaban sobre su delicada almita de pajarillo amenazándola con ahogarla. Nada, realmente nada serio. El, sin embargo, la recetaba cosas inofensivas, pero ocultándole su falta de enfermedad. Obraba así por dos motivos: era el primero el de creer que a los enfermos de aprensión, a los imaginativos, conviene no llevarles la contraria por su manía, al buscar un nuevo derivativo, se encauza en peor sentido. Era el segundo—y el principal también—el de que la presencia de aquella paciente, insensiblemente, había llegado a serle necesaria. Su imagen le embriagaba los sentidos con una poderosa embriaguez. Carmen Ibáñez era una mujer amasada, al parecer, con carbones encendidos. Tenía su carne una tonalidad morena como de tierra recalentada por el sol estivo; parecían sus labios una rosita de fuego; ardían sus ojos, dentro del cerco oscuro de sus ojeras, semejantes a dos lámparas votivas sobre las que soplara un viento desértico. Y, luego, en todas sus actitudes, no estudiadas, ¿no se adivinaba la mujer pronta a convertirse, apenas llamase la pasión a su puerta, en una llama serpentina, enroscadora y asfixiante?...

El doctor dejó la tarjeta y, habiéndose sentado en un sillón, púsose a pensar en el modo de poder hacer suya a aquella mujer. De pronto, dióse una palmada en la frente. ¿Cómo no se le

había ocurrido antes? El era un hipnotizador formidable. ¿Tenía más que hipnotizarla a distancia y hacerla acudir a una cita?... Su ciencia hipnótica, empleada hasta entonces en menesteres médicos, sería dedicada ahora a más deleitable empeño. Un punto le conturbó la idea de que aquello tenía mucho de criminal. Pero, en seguida, la desechó. En aquellos instantes, tal idea era una visita desagradable a la que hay que despedir sin miramiento alguno.

—¡Carmen!—masculló—. ¡Mañana, mañana serás mía!...

Alzóse del sillón y, abriendo los bra-

zos, perció estrechar ya entre ellos, anticipadamente, al espectro de aquella divina criatura, en cuyo cuerpo habían coincidido todas las gracias.

A la tarde siguiente hallábase el doctor sólo en un hotelito, que tenía alquilado en la Ciudad Lineal. Estaba encerrado en una habitación, revestida de recios tapices sangrientos, en toda la cual únicamente albeaba un ramo de camelias en un florero. Clavaba el doctor sus puntiagudos codos en una mesa y, con el pensamiento, no con palabras, llamaba imperiosamente a la ausente.

—Oyeme, Carmen; es preciso que salgas ahora, ahora mismo, de tu casa de la calle de Lista, 110. No dejarás de obedecerme por ningún motivo. Saldrás de tu casa de la calle de Lista ¿entiendes?... Yo, que puedo hacerlo, te lo mando... Tomarás el Metro hasta las Ventas, subirás allí al tranvía y llegarás a la puerta de este hotel, que te espera abierta, lo mismo que mis brazos, lo mismo que mi corazón... Echate un velo tupido por el rostro para que nadie pueda conocerte... ¡Ah! Y coge el paraguas, porque parece que quiere llover... ¿Me has entendido?... ¡Ay, Carmen!... No valen excusas, ni resistencias para mi deseo... Obedece sin demora... ¡Así lo quiero, ¿sabes? así lo quiero yo!...

Mientras hablaba con su pensamien-



—Me parece que tu marido y mi doncella se entienden por medio de gestos que se hacen con la boca.

—¡Pues les voy a romper el telégrafo!

Dib. de Margenat.

to de este modo, el doctor tenía erizados los escásoos cabellos; sus ojos le relucían de un modo interno y los dedos de sus manos se le engarfiaban sobre el cráneo como las garras de un águila insaciada.

Digamos, de paso, que el doctor era un hombre caduco, feo, desgarbado. Parecía casi la creación de un pintor cubista hecha pobre carne pecadora. Esto explica, pues, que, al desear la posesión de Carmen Ibáñez, no fiándose de sus cualidades físicas, apelara el cuitado a aquel procedimiento violento y reprochable.

La habitación, donde el doctor se hallaba, llenábase progresivamente de penumbras, que, al llegar a los rincones,

se cuajaban en tiniéblas. No se sabía de qué emanaba un perfume sutil, enervado, apenas perceptible, que se desleía en la estancia. Manos bárbaras o dedos febriles estrujaban en la sombra los pétalos de una florecilla; así parecía al menos. La noche se posesionaba del jardín del hotelito, visible por una ventana. Densas nubes navegaban por el espacio. El viento fuerte hacía cabecear la silueta fina de un eucalipto. En la habitación encendiéndose una luz, amortiguada por una pantalla rojiza.

El mandato del doctor, en tanto, hacía cada vez más imperioso. Sus pupilas tenían una fijeza de muerte, una ferocidad de ídolo. Sus manos, separadas ya del cráneo, reptaban amarillas

por la mesa. En su frente, una vena tumefacta semejaba un chirlo diabólico. De súbito, como si el pensamiento no fuese ya bastante, el doctor irguióse y clamó con una voz ronca, que nadie le conocía:

—¡Carmen, obedece!... ¿Por qué no vienes a mí?...

En aquel momento, la puerta de la estancia abrióse violentamente. Entró una mujer, toda enlutada, cubierta de la cabeza hasta los tobillos por un tupido velo negro. Esta mujer avanzó rígidamente hacia el doctor y le dijo:

—¡Aquí estoy!

El doctor acudió a sostenerla, porque la mujer se desvaneció. Llevóla hasta una *chaise-longue* y comenzó a susurrarle al oído mil ternezas, mientras la desembarazaba de su velo. Fué luego a besarla y entonces retrocedió espantado. Tenía delante a una vieja con el cabello blanco, las mejillas hundidas, los labios exangües, los dientes disjuntos y la color amarilla y reseca. ¿Quién era aquella mujer?... Abrióle el bolsillo e inquirió en su entraña. Sacó una tarjeta y leyó: *Carmen Rodríguez de Viedma. Lista, 110.*—Sacó después un retrato que había en un tarjetero. Decía el retrato en su reverso: "*A mi querida mamá, su hija Carmen.*" Volvió la fotografía y hallóse con su enferma adorable, encantadora, hecha mieles su faz, hecha voluptuosidad todo su cuerpo sensual. Entonces lo comprendió todo. Aquella vieja que tenía delante, era la madre del objeto de sus ansias. Sin duda su enferma no se encontraba aquella tarde en casa y, por eso, al querer él hipnotizarla, había hipnotizado en lugar suyo a su respetable mamá. ¡Ironías del hado!...

Contempló a la vieja con asco, con rabia. Era preciso despertarla del sueño hipnótico, que la poseía, para que desapareciera cuanto antes. Comenzó a darla pases y más pases. Como si se los diera a un poste. Transcurrió el tiempo. El doctor sudaba de angustia. Nuevos y reiterados pases cada vez más enérgicos. También en vano. Y ya no sabemos lo que aconteció después. Dicen unos que, al fin, la vieja volvió en sí para decir al hipnotizador:

—¡Tómame, amor mío! ¡Soy tuya!...

Y añaden que entonces el doctor, espantado hasta el paroxismo, tras de un nuevo y definitivo pase, le dió una estocada en las péndolas y la mató. ¡Que en paz descance!

JOSÉ A. LUENGO.



MARUJA LAFUENTE

La bellísima bailarina, que se nos ha escapado del "Almanaque de los Bailes"
¡Pobrecita nuestra, qué guapísima es!

Fot. Walken.

FOTOGRAFÍAS GALANTES. RARAS Hermosas colecciones

10 pesetas en sellos de Correo
Pedid a **Excelsior**, Poste Restan-
te Central

BORDEAUX (FRANCIA)

El sueño de Totó

Eran las dos de la madrugada, y Totó descansaba.

A vosotros, lectores, que seguramente conocisteis a Tomasa Zorrilla cuando ésta "mariposeaba" en "el Rosales" o en Parisiana, os parecerá imposible que a las dos de la madrugada se hubiera entregado al reposo la tanguista más tanguista que pisó "cabaret". Mas así era, porque... Pero vayamos por partes.

La infeliz tanguista que todos conocimos, murió. No os alarméis. Su "debut" en el "Grand Penquet", apadrinada por cierto amigo, fué el suceso de la temporada. Y hoy, Tomasa Zorrilla es Totó Zurrenski, bellísima bailarina rusa, nacida en la calle de Lavapienski. digámoslo así para no desentonar. Verdad es que Totó bailaba bien, tenía afición y no mucha vergüenza, o lo que es lo mismo, artísticamente, condiciones. Y triunfó. ¿Cómo?

Fué una noche, lejana ya, en Parisiana. Entró nuestra amiguita en la sala del "crimen" y se colocó junto a la mesa de treinta y cuarenta, al lado de un señor, al parecer, respetable.

—Yo pondría al rojo—dijo ella, mordiendo los labios gordezuelos que todos recordaréis y, acaso, muchos habréis besado.

Y le miró, sonriente, acercándose.

El puso a encarnado y ganó.

—Yo seguiría al rojo—repitió ella.

Y volvió a sonreír y a acercarse más.

Así lo hizo el buen señor y ganó otra vez. Hasta que, a fuerza de repetir la frase, consiguió nuestra amiguita poner "al rojo" el corazón del señor gordo. Total: doce pases a favor, acercándose, y "debut" de Totó Zurrenski, que, con aquella faena, dió el mejor estoconazo de su vida torera.

Totó, en cuanto se sintió lanzada a tan gran altura y empezó a vivir espléndidamente, decidió dar descanso a su cuerpo gitano, señalando un día, que fué el domingo, para desquitarse del trabajo abrumador que pesaba sobre ella los restantes días de la semana. Sí, amigos lectores. Bailaba mucho. Los contratos se sucedían sin interrupción. Y con las visitas de amigos, admiradores y demás "pelmazos", según solía decir Totó, ocurría lo que con los contratos

Don Gaspar, el viejo protector, había sonreído, al saberlo, y dicho:

—Pero, mujer, ¿a mí también me vas a negar la entrada?

—¿Y por qué no? Los domingos son para descansar—replicó Totó—. Y vosotros con la charla no me dejáis.

—Está bien—suspiró el vejete—. Eres una chiquilla ingenua y caprichosa.

Aquella noche, al salir del "Grand Panquet", y mientras el público se agolpaba para verla subir al "auto", un transeúnte cruzó, indiferente, por delante de ella y siguió su camino sin detenerse como la multitud admiradora.



—Pero, hija, ¿cuántas veces te voy a decir que no quiero que te vean con ese hombre?...

—¡Y no me ven, mamá!... Siempre quedamos citados en sitios apartadísimos.

Dib. de Montero Bosch.

—¡Si es mi Bastián!—exclamó Totó. Y, rápida, subió al coche, siguiendo a aquél con la mirada, hasta que desapareció por una calle próxima al "Penquet". Entonces, se reclinó, indolente, sobre los mullidos almohadones, cerró los ojos, y el "auto" marchó, dejando a los admiradores, inmóviles, que aún aspiraban el reguero voluptuoso de esencia dejado a su paso.

Un golfio que abrió la portezuela no pudo menos de decir:

—¡Qué suerte "tien" algunos hombres!...

Durante el trayecto que separaba el "Grand Penquet" de su casa, Totó pensó en su vida pasada que tan inesperadamente renacía en aquel momento. Su Bastián, como ella había dicho era ese mozalbete que en todos los barrios populares existe, ese que es ad-

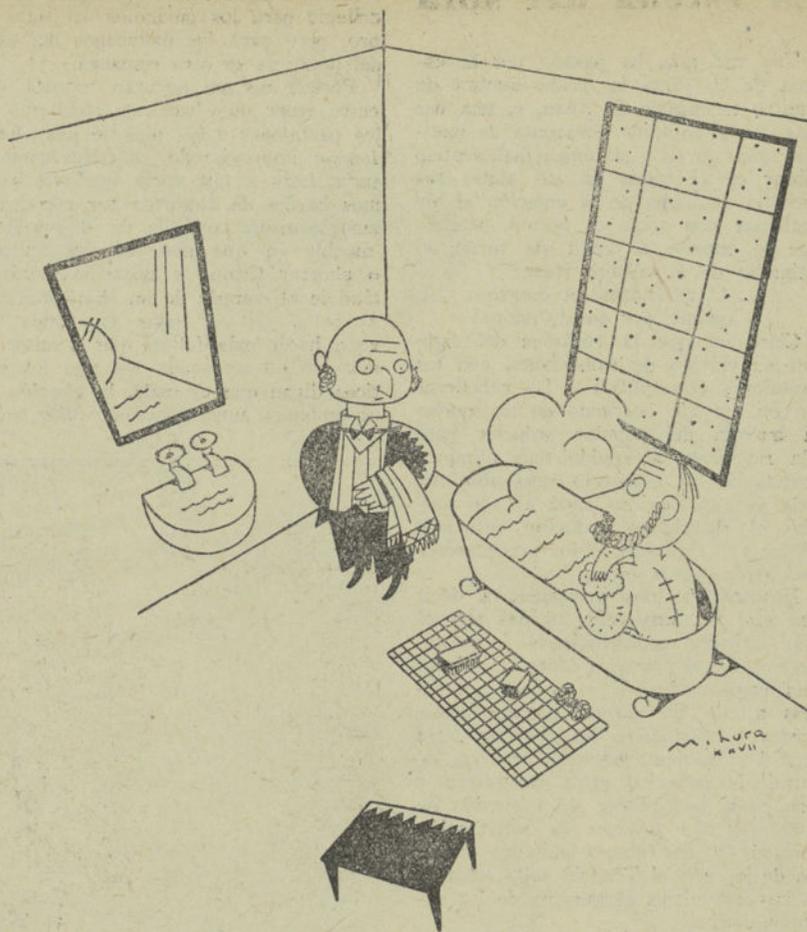
miración de ellas por su marchosidad y labia. Cuando Totó, entonces Tomasa, contaba apenas quince años, empezó a querer con la ilusión que lleva unida la juventud. a aquel casi niño, disputándosele a todas las mocitas del barrio. Tomasa venció. Y durante algún tiempo, la casi infantil pareja vivió feliz con su cariño. Más, un día, llegó la eterna y vulgar historia que todos conocéis; la ambición de una madre y la debilidad de una hija, y Tomasa cayó para transformarse en Totó. Bastián supo por ella misma la caída, y rojo de indignación, tanto como ella de vergüenza, tuvo un gesto de hombre, y huyó.

—¡Qué "primo"!—pensó Totó, mientras recordaba.

Al llegar nuestra amiguita a su casa, se dirigió a su dormitorio.

—¡Domingo!—dijo—. ¡Gracias a tí, consigo descansar!

Y se hundió en el lecho, que la recibió ansioso de su cuerpo cálido.



POR SI ACASO FUE EL CULPABLE, por Mihura.

—Perdone el señor la curiosidad. ¿Quiere decirme el señor por qué lleva tres horas restregándose con la esponja?

—Sí, ¿sabes? Es que hoy me he acordado de que, hace dos años, la señora dió a luz un niño negro...

A nosotros, lectores, nos está permitido. sin tener que ver nada con las ciencias ocultas, investigar en el sueño de Totó. Porque habéis de saber que Totó soñaba. Su cerebro fatigado siguió trabajando por el impulso adquirido al pensar en su vida pasada, y la pequeña muñeca de otro tiempo se creyó transportada a una habitación humilde. Tomasa, ataviada con un sencillo vestido negro de boda, y ceñida su frente con el simbólico azahar, temblaba. A su lado, Bastián, con el terno negro flamante y las botas pulidas de

charol, la mirada apasionado. Después un beso de él... y Totó que despierta. ¿Qué había sucedido? No sé, lectores perspicaces. Sólo puedo decir que Totó, una vez que despertó e iluminó el dormitorio, tiró la ropa que la cubría, dejando ver un cuerpo que a Fidiás pudiera achacársele la paternidad, de haber nacido en nuestro siglo. Después se sentó en la cama, al tiempo que exclamaba con un mohín gracioso de enfado:

—¡Y yo que quería descansar!...

PABLO TORREMOCHA.

LOS ALMANAQUES DE COSQUILLAS Y BIBLIOTECA DE COSQUILLAS, SERAN UN ALARDE DE BELLEZA, DE GRACIA Y DE SUGESTIVO BUEN GUSTO. ¡QUE DIBUJOS Y QUE FOTOS!



PSICOLOGIA FEMENINA, por Margenat.

—Aquel más alto fué mi novio.

—¿Y por qué reñiste con él?

—Porque es un sinvergüenza.

—Pero parece simpático.

—¡Eso, sí! Simpático es un rato largo..., y ahora me parece más guapo.

La escena del sofá

Una vez más ha pasado por la escena de la farsa la osada sombra de nuestro legendario D. Juan, y, una vez más, los sensibleros corazones de nuestras niñas cursis y platónicas han sentido vibrar en el fondo de sus almas soñadoras, la llama de la emoción al oír declamar con todo el acento patético que le cupiese al actor de turno, el latiguillo de la célebre frase:

...¡O arráncame el corazón
o ámame, por que te adoro!

Claro es, que la vorágine del siglo con su vértigo de velocidades, con los pantalones chanchullos y las cabelleras garcón, ha ido borrando en un mucho la aureola del popular seductor para irle relegando al olvido más olímpico cuando no al desprecio más absoluto, toda vez que ya no rima ni con mucho el marchamo seductor anticuado del audaz D. Juan con los procedimientos *jamón* de la época.

Nosotros no nos atrevemos a decir que esto sea una pena, ni nos atrevemos a hacer comparaciones de procedimientos que siempre fueron odiosas (las comparaciones) y no nos atrevemos a ello no porque seamos iconoclastas o anticuados, sino porque... ¡la verdad! cualquier procedimiento que dé resultado práctico (para conquistar a una *gachí* nos parece de contenido de otras si nos produce la satisfacción anhelada y nos ahorrará algunos minutos de los que el Tenorio solía emplear en sus conquistas al amparo de las célebres décimas.

Tendría un camión de gracejo ver a un pollo fruta de los que ahora nos usufructuamos (en el sentido figurado nada más; ¿eh?) puesto a los lindos y bien calzados pies de una nena plátano actual, recitándole enfáticamente agarrado a las patas del sofá:

—No es verdad ángel de amor
que en esta apartada orilla
más pura la luna brilla...
etc., etc.

Seguramente, la homenajead a con las rimbombantes décimas miraría compasivamente al interfecto sin dejar de pintarse los labios a todo tren y al final (o al principio) acabara por sacudirle un taconazo en la nariz con sus bien adornados remos (aunque con el movimiento enseñara los lazos del sosten), diciéndole con un gesto de heroína de *vaudeville* francés:

—¡Pelmazo, cáyate ya!
pues bien demostrado es
que *pa* estar en Leganés
hijo, no te falta *ná*
y si me crees tan *chalá*
pa aguantar ese tostón
¡aaiéca ya, soo guasón
pues te estás cansando en vano!
¡Que te frian un piano
por idiota, soo melón!

Y la beneficiada se quedaría tan *frappé* después de esta salida poético-modernista convencidísima de que había *estao* como las propias clavellinas en su papel de Señorita Inés del alma mía...

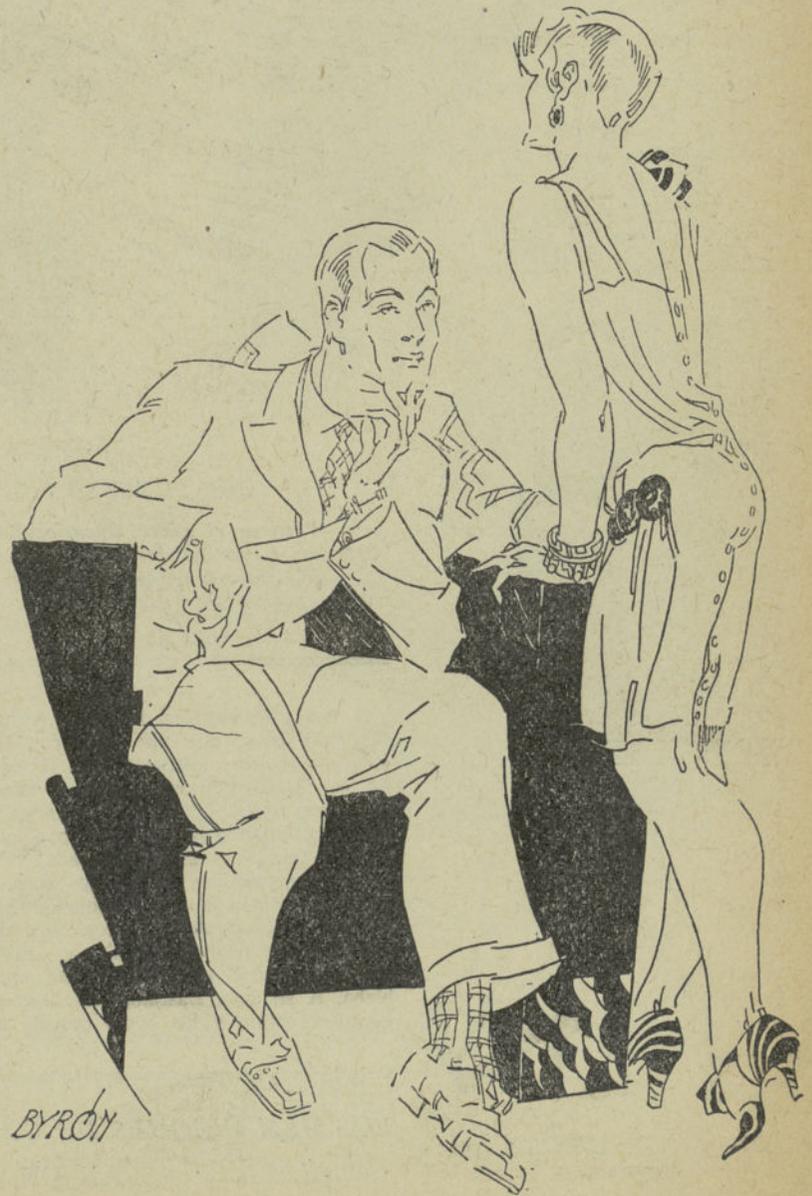
Esto, comprendemos que será un sacrilegio para los puritanos del siglo de oro, pero para los mohicanos del siglo del dólar ya es otra romanza.

Porque no me negarán ustedes, que entre tener que hacernos rodilleras en los pantalones a los pies de una *chaise longue* improvisando cuartetos rípidos para decir a una socia que nos hacemos harina de almortas por recrearnos amorosamente con ella en el susodicho mueble en que nos escucha sentada, o ahorrar tiempo y distancia manifestándole al compás de un charlestón que si baila así en todos los sitios nos va a hacer más felices que el autor de una revista estrenada sin que los críticos digan que es mala, la elección no es ambigua aunque tampoco sea poéti-

ca; nos quedamos con el momento prosaico del charlestón con la esperanza de que el momento poético del sofá venga después.

Esto, repetimos, será doloroso, pero es lo práctico. La velocidad del siglo lo ha impuesto así y así hay que tomarlo. Hoy la juventud prefiere las cosas rápidas y a ser posible poco molestas; por eso le gustan más las declaraciones hechas al ritmo del charlestón. Opina que lo otro, lo de hacer el amor a las damas de rodillas y a sus pies se queda para los que lo practicaron en los buenos tiempos de apogeo del Tenorio o lo que es igual, para los viejos...

FIDEL PRADO.



Ella.—¿A qué cine iremos hoy?

El.—¡Vaya una pregunta! Al que tenga la última fila de butacas sin vender.

Dib. de Byron.



POSITIVISTA, por Picó.

- Las rayas de tu mano dicen que te casarás con un pobre...
—¡Ay, pues no quiero!
—... con un pobre señor, aunque rico.
—¡Eso es ponerse en razón!

Lección de amor

Siendo en el amor novel
cuando a mí me conociste,
como un favor, me pediste
fuese tu maestro en él.
Y yo, que era profesor
consumado con exceso
te dije: —En el primer beso
está explicado el amor.
Y tú, por poder gozar
el título como yo,
me diste un beso, que no
podré jamás olvidar,
pues no siendo en amor diestra.
cuando su curso emprendiste,
aquel beso que me diste
era ya de una maestra.
Y confieso con rubor
que siendo tu profesor
me supiste demostrar
que eras maestra en amor
antes de empezar a amar.

UN GATO DE LA CORTE.

Anuncios por palabras

Joven cesante cedería dentadura postiza por no saber que hacer con ella. Razón: Válgame Dios, 59.

Pérdidas.—En el trayecto de Santo Domingo a Tudescos se ha perdido una magnífica pulsera de brillantes. Con la pulsera se ha perdido también una no menos preciosa joven de diez y ocho primaveras. Se gratificará al que presente ambas cosas sin deterioro alguno.

Casa céntrica, tres pisos, calefacción, baño, etc. Se alquila toda la finca menos la cuadra que es para el amo.

Vajillas baratísimas de China o porcelana. Hacemos rebajas especiales a los matrimonios mal avenidos.

Viajes de recreo a la Sierra en magníficos autos "La Veloz", Agencia de viajes. Fijarse en la marca de nuestros autos para no confundirlos con los de nuestra rival "El Rápido". Cuando ellos van, nosotros estamos de vuelta.



TERRIBLE AMENAZA, por Picó.

—¡Sois unos perritos muy mal educados y os voy a meter internos en un colegio!



Una foto de la grandiosa pe-
lícula "El lujo".

(Fot. Ernesto González.)





Trio Girasol

Las tres estupendísimas mujeres que forman este trío, son mil veces más guapas en el natural que en la fotografía, y con los aplausos que llaman escuchado estas notables bailarinas, habrá para ensordecer a ochenta mil elefantes. ¡Guapas!